

Pablo García Baena, todo un símbolo poético  
Félix Rebollo Sánchez

Vaya este **Canto** para uno de los poetas clásico en vida. En este otoño, Córdoba se viste de hermosura poética y homenajea a un grande de la poesía como es Pablo García Baena en el **X certamen internacional Cosmopoética**; solo pronunciar su nombre nos viene con musicalidad la revista *Cántico*, origen de una fuente que sigue manando. Revista y poeta se hermanan. No fue en ese momento lo que se llevaba; entonces estaban en el candelero *Garcilaso*-la juventud creadora-, y *Espadaña* en León, pero sí recibieron el apoyo de Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Vicente Aleixandre entre otros. A pesar de la sencillez del verso “como las hojas nuevas”, encierra todo un albor perenne. Así se presentaba en *Rumor oculto* (1946) cuando quería que su verso fuera como hojas nuevas “y que mi cítara suene / como el agua en la yedra”. Sin duda que lo ha conseguido, e incluso que las estrellas se mostraran, se rindieran ante el haz luminoso poético que destella su poesía. Se presentaba con una lucha interior que iría deshojando (“En silencio, callado, yo te entregué mi alma”).  
Cómo no recordar los versos que tantas veces he comentado en clase:

Se adormecen los ojos de la cal y del oro...  
Un éxtasis de incienso flota al compás de la música.  
Las navetas doradas guardan los sofocantes perfumes del Oriente  
que escapan, como pájaros de plumas fastuosas, desde los braseros,  
en busca de los árboles de nombre aromáticos: benjuí y cinamomo.

Versos henchidos de espiritualidad, de existencia, de agradecimiento, de ¿fe?, quién sabe; pero creo que sí deja constancia de su acercamiento a las procesiones, a los oficios de Semana Santa, a la lectura de la Biblia; es la huella, el gusto por lo ornamental litúrgico vivido en su niñez; de ahí esa grandeza con que se adornan sus poemas como una revelación, sin que pierdan ese halo de la cotidianidad. Es la poesía entendida como raptó, como ebriedad, en la que misterio y precisión se aúnan.

El verso “*Callad que suena el rabel*” en esas *Cantigas a las manos*, hermosas, plétóricas que elevan a lo excelso (*Tus manos ante el doncel / se juntaron sorprendidas, / ¡cómo buscaron, heridas, / las blancas flores de lis!*). Es la poesía como don, como realidad que nos deslumbra, precisamente por ser humana (“Si hay poesía, tendrá que ser humana”, Jorge Guillén).

El éxtasis que desprenden *Junio* (1957) y *Óleo* (1958) nos da pauta para el derroche sensual, la diversión, el paganismo, el triunfo de la carne por una parte; pero, por otra hallamos una floración espiritual necesaria; es el arrepentimiento tras el goce, es la cuaresma, pero con una nostalgia también (“Otra vez tu ceniza llamando en la puerta de mi frente” / con arrullo o con látigo”).

En *Junio*, además de ese disfrute se percibe un cierto desengaño; es el amor-muerte del que estamos revestidos (“porque el amor tan solo puede ser poseído por la muerte, / y es inútil que los cuerpos se enlacen en un latido turbio, / y las bocas levanten sus voraces hogueras...”). En este mismo campo, el poema “Viernes santo” del libro *Antes que el tiempo acabe* (1978) nos invita también a una celebración de la carne, sin olvidar que estamos en el día de la muerte de Cristo (“no apartes este cáliz, esta hiel, está el campo / del alfarero ya comparado con las treinta monedas / húmeda arcilla donde clavar alarias plateadas, / plateados placeres, marea embravecida y plateada / luna, tinieblas, rueda el dado ciego...”). Es como si la culpa se revistiera de lo más humano para alcanzar el paraíso.

Me queda la duda si el poeta cordobés es leído como merece; si su último libro *Los campos Elíseos* ha reverdecido la poesía y ha sido venteadada urbi et orbi.



Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/).